

Phoenix hacía pasar a Leo a su casa.

-“Es impresionante, cuando lo vi me quedé... ¡Pasmado! Allí tirado en el campo. Mi padre y yo no dudamos en cogerlo y echarlo al maletero del coche... ¡Joder qué sensación!, una presión en el pecho, casi no podía respirar.”- Decía con gran énfasis Phoenix.

-“Pero aún no me has dicho que es.”- Le dijo Leo.

-“Ni te lo voy a decir Leo, vamos a ir al sótano y lo verás con tus propios ojos.”- Le dijo con un tono superior.

-“¿En tu sótano? ¡Ni en broma!”- Le dijo indignado Leo, el sótano de Phoenix era famoso por su aspecto tenebroso y vomitivo.

Phoenix insistió en que entrara, pero su amigo se negó, no quería meterse en aquel cobertizo alejado de la mano de Dios, pero al fin consiguió que aceptara tras varios ruegos fallidos que finalmente dieron su fruto.

Phoenix, que se encontraba justamente delante de la puerta astillada, llena de humedad y un olor a podrido que daba paso a aquella habitación, alzó su mano y advirtió a Leo que debía tener mucho cuidado con las escaleras, ya que estaban en desuso y con el paso del tiempo las maderas, el material con el que estaban construidas, habían convertido un peligro o una hazaña llegar hasta la tétrica habitación.

Phoenix abrió la puerta, pero no con facilidad sino con un enorme y costoso trabajo, el moho y la carcoma de la puerta había hecho que se quedara pegada al marco.

Al despegarla podía observarse un extraño material pegajoso y con un parecido al queso fundido. El propietario de la casa se disculpaba con Leo tras el golpe que habían sufrido después del tirón que provocó el primero para abrir la puerta. Phoenix estiró el brazo dentro de la oscura habitación y tocando con la yema de los dedos la asquerosa pared

para localizar el viejo interruptor. Estaba bastante duro, no podía pulsarlo. Tuvo que utilizar la fuerza de la indignación para encender la pobre y lúgubre luz de la bombilla. Leo asomó la cabeza para ver el sótano, pero quedó incluso traumatizado por lo que veían sus jóvenes ojos. La luz no era muy potente, no llegaba más lejos del séptimo escalón.

-“No quisiera meterme con tu casa ni hablar mal de ella, pero este sótano necesita una pequeña reforma, ¿estás seguro que no es un portal a otra dimensión? ó ¿la bajada al mundo de las tinieblas?”- Dijo el sorprendido Leo. Le daba tal asco la habitación que no quería ni introducirse en ella, según él, aquella bombilla era uno de los primeros prototipos de Thomas Edison. Al ser tan tenue aquellos peldaños parecían un camino sin retorno.

Phoenix le cogió del brazo y le hizo descender por los escalones muy lentamente.

(Si vosotros lectores estuvierais presentes en esa situación y os detuvierais a observar en la puerta, parecería que estos dos jóvenes se desvanecían en la oscuridad conforme iban bajando).

Phoenix hizo parar a Leo a falta de cinco escalones, allí ya era inútil guiarse con la luz de la bombilla. Phoenix bajó del todo y buscó otro interruptor. Leo dedujo que habría una luz para la escalera y otra para el propio sótano. Éste último, que no sabía ni dónde se situaba, empezó a notar que algo le corría por la mano, era un pequeño cosquilleo que le erizaba el vello. Éste esperaba a que Phoenix encendiera la luz para estar seguro de saber que tenía encima. A los diez segundos la habitación se iluminó, el chico ya podía comprobar de qué se trataba, era una araña. Aquí podemos comprobar el terrible pánico que tiene hacia los arácnidos.

Como de un acto reflejo se tratara, golpeó su mano. La araña cayó hacia las escaleras, caminando con sus ocho patas de forma hipnotizante, parecía estar borracha. Leo ya no pudo seguir el rumbo del arácnido.

El joven bajó los viejos peldaños con cierto repelús. Phoenix apartaba unas telarañas del techo. Y algunos os preguntaréis ¿por qué bajan hacia aquella habitación? ¿Qué quería mostrar Phoenix a su amigo? Leo estaba en esta misma situación, haciéndose preguntas a si mismo, aún no tenía la menor idea de lo que podía tratarse. Podía encontrarse con cualquier cosa, cualquier objeto, cualquier animal... el había imaginado un millón de posibilidades que eliminarían su intriga, quizás en alguna de ellas hubiera acertado.

-“... Acércate, ya verás, es algo increíble, vas a alucinar... venga sin miedo... te juro que si no acabas con un cosquilleo en tu estómago me derrumbaré muerto...”- Le decía Phoenix con un rostro exigente, con clamor, su cara estaba un tanto rojiza, estaba excitado por ver de nuevo lo que quería enseñar.

-“Phoenix, te mentiría si te dijera que no tengo algo de miedo”.- Le comentó parado cerca de las escaleras.

-“Leo, ven y ponte a mi lado, sin miedo...”- Phoenix no veía ninguna reacción en su amigo.- “¡Joder! ¡Acércate! ¡Sin miedo! ¡Eres un jiñado!”- Gritó con un tono de atosigamiento, no podía conseguir lo que se proponía.

Leo algo asustado por aquella reacción comenzó a dar unos pasos tímidos. Phoenix con su mano indicaba que se acercara, incluso el propio gesto de este último daba más temor que lo que se podía encontrar allí.

Conforme estaba más cerca, podía contemplarlo con más nitidez. Las pupilas de Leo estaban totalmente fijas en aquello, aunque estaba poco iluminado se podía apreciar algo. Éste no tenía ni idea de qué se trataba. Desprendía un olor a chamuscado, estaba

parcialmente cubierto de tierra... y estaba oxidado, tenía un tamaño de proporciones enormes, pero estaba destrozado, destruido, las partes estaban por allí y por allá.

-“¿Qué es todo eso?”- Cuestionaba Leo con interés.

-“¿Tú que crees? Adivínalo.- Decía Phoenix con una sonrisa en la cara, sus rasgos cada vez intimidaban más a Leo.

-“No tengo ni idea Phoenix... ¿Quizá una sonda? No lo sé.”- Decía mirando a su amigo con cara enigmática.

Phoenix negaba con su cabeza y le miró fijamente a los ojos. Le agarró de la camiseta y le obligó a acercarse más, Leo no lo impidió. Donde ahora se situaba éste, se podía contemplar mejor el objeto, ya que la luz le daba más de lleno. Los trozos dispersos por el suelo y apoyados en la pared estaban claramente destruidos, había tenido un gran impacto contra algo sólido, es decir contra el suelo.

-“¿Y me puedes decir de una vez qué es?”- Leo ya estaba algo inquieto.

-“Mira, te explico lo que pasó... pero después de contártelo no debes decírselo a nadie... - Leo asintió.- Pues... verás... íbamos mi padre y yo por la comarcal, escuchando la radio... cuando oímos unos ruidos muy extraños que venían del cielo... pronto vimos en la distancia un objeto dejando tras de sí una gran estela de polvo y humo... se estrelló contra una llanura a doce kilómetros de nosotros. Mi padre condujo hasta donde ocurrió todo esto... quizá algunas de las partes quedaron en el camino, pero esto fue lo que encontramos. Utilizamos guantes para cogerlo.”-

-“¿Y no lo pilotaba nadie?”- Cuestionó Leo.

-“Sí, supongo que sí era pilotado por alguien.”- Le dijo Phoenix muy seco, sin ninguna explicación.

-“¿Y dónde coño está?”- Volvió a preguntar algo más alterado.

-“Pues no sé si debo decírtelo.”- Le dijo Phoenix sin mirarle.

-“¿Me has hecho venir hasta la parte más oscura del planeta... para ahora no tener cojones de decírmelo?”-

-“Sí”.-

-“No lo sé, de verdad no lo sé, Phoenix..., no sé si soy yo, pero no consigo entenderte.”-

Decía Leo con desesperación.

-“Sí, eres tu.”-

Alguien parecía llamar a la puerta de la casa.

-“Leo, espera aquí y ahora seguimos hablando.”-

Leo miraba con cierto odio a Phoenix mientras este subía las escaleras con sumo cuidado. Cuando lo perdió de vista siguió observando aquel artilugio. Tuvo la valentía de tocar los bordes con los dedos de su mano derecha. Un dolor le cubrió hasta la muñeca. Rápidamente la apartó.

-“¡Joder! ¡Está ardiendo!”- Maldijo.

Phoenix abrió la puerta. Quedó de piedra cuando divisó lo que tenía a su frente.

Aquellas vestimentas tan elegantes, tan relucientes, colores monocromos, dañaba la vista tanta pulcritud.

-“¿Es usted el señor M . Phoenix Marvery?”- Preguntó uno de los tres hombres que parecían ser idénticos.

-“¿Quién lo pregunta?”- Cuestionó Phoenix mirando fijamente su reflejo en las gafas de sol de aquel tipo.

Los tres hombres, que se encontraban en el porche de la casa, se adentraron en el salón apartando a Phoenix de la puerta con cierta agresividad.

-“¡Hey! ¿¡Qué coño estáis haciendo Blues Brothers!?! ¡Esta es mi casa! ¡No tenéis ningún jodido derecho para entrar en mi casa y tratarme de esa manera!... ¡En el caso de que no seáis ningún trío de subnormales dementes... quiero vuestras

identificaciones! ¡Ahora!”- Gritaba Phoenix de manera brutal, sus venas del cuello palpitaban de una manera alarmante. Sus gritos podían oírse desde fuera de su morada.

-“¡Cierra el pico! ¡No nos andaremos con rodeos! ¡Sabemos perfectamente lo que tiene en su poder! ¡Díganos donde está!”-

-“¿Qué mierda dices?... mira tío lárgate de mi casa... y vosotros dos también ¡Joder! Llamaré a la policía si no os piráis en cinco segundos.”- Gritó Phoenix.

Uno de ellos le golpeó en la cabeza. Phoenix cayó aturdido en el sofá. Su sangre corrió por su frente y comenzó a manchar la funda del mueble.

-“Vayan buscando por la casa... a fondo... puede estar en cualquier parte, encuéntralo.”- Dijo el hombre que golpeó a Phoenix. En realidad, sólo había abierto la boca él, su voz era muy grave y con un toque metálico que desconcertaba mucho al joven. Su aspecto no era peculiar, parecía pasar desapercibido, una cara irreconocible, no se podía memorizar. No tenía ningún rasgo sobresaliente, su faz era pálida, su cabello lo cubría un sombrero con mucha apariencia a un Borsalino de color negro, del mismo color que su corbata, chaqueta, pantalones y zapatos. Aquel hombre debía rondar los dos metros de altura, era delgado y acababa de demostrar que tenía bastante fuerza.

-“Si no colaboras puedes despedirte.”- Dijo de nuevo el tipo mientras tenía cogido de los pelos a Phoenix.

-“No sé de que estás hablando.”- Decía entrecortado.

En el salón entró uno de los otros dos que habían ido a examinar la casa. Hizo un gesto con su cabeza señalando al interior. Llevándose a arrastras a Phoenix siguió a su compañero, le llevó hasta una puerta, era la del sótano.

Abajo Leo estaba un tanto asustado por lo que acaba de oír, sabía que Phoenix estaba siendo maltratado por unos personajes desconocidos. Corrió hacia la bombilla la cual

apagó y se olvidó del tremendo temor que le tenía al sótano. Se introdujo en un armario, allí entre la oscuridad permaneció en silencio.

Phoenix fue obligado a encender la luz de las escaleras.

-“Baja.”- Dijo el hombre.

-“Baja tú, cara culo.”- Le dijo Phoenix con una sonrisa entre los dientes. La sonrisa no le duró mucho, fue empujado hacia abajo. Rodó por las débiles escaleras, haciendo perder algunos peldaños para siempre. Llegó hasta el suelo sin poder moverse.

-“¡Hijos de perra! ¡Mi espalda! ¡No puedo moverme cabrones!”- Decía Phoenix arrastrándose como una víbora por la penumbra del sótano.

Los hombres llegaron abajo, buscaron un nuevo interruptor, el cual no tardaron en encontrar. Fue fácil ver aquel artilugio. Los tres se acercaron hacia él. Lo estuvieron mirando unos instantes. Se miraron entre ellos y asintieron con la cabeza.

Uno de ellos se dirigió a Phoenix, este sólo lloraba, se había hecho añicos la cadera.

-“¡Mi padre os matará! ¡Puercos de mierda!”- Agonizó y amenazó Phoenix.

-“Tu padre dentro de unos minutos estará muerto”.- Dijo aquel tipo mientras sacaba un arma.

Comenzó a dispararle. Las balas comenzaron a entrar en su cráneo a velocidad escalofriante. Sus sesos salían despedidos por las paredes. Trozos de cerebelo, de médula y sangre hicieron manchar el traje del portavoz del trío. Le vació un cargador entero en su cabeza que quedó parcialmente destrozada.

Leo quedó enmudecido por el acto tan salvaje e inhumano, se habían cebado con él.

Había visto por la mirilla del cerrojo del armario todo lo acontecido, no pudo hacer nada más que ver el homicidio de Phoenix. Los disparos le dejaron sordo. Sabía que su amigo ya había pasado a la historia.

No se movió hasta asegurarse de que aquellos tipos se habían largado realmente de allí.

Leo abrió la puerta de aquel armario que le había servido de escondite y de salvavidas. Respiraba con nerviosismo, su corazón estaba apunto de estallar. A su izquierda comprobó que ya no estaba aquel objeto. Aquellos hombres se habían marchado con él. A su frente tenía el cadáver humeante y con olor a pólvora de su amigo, al cual no podía ni reconocer; su rostro ya no existía, parecía una careta de látex totalmente agujereada. Comenzó a temblar y a gemir.

Más lo hizo cuando una extraña extremidad cayó con suavidad en su hombro.

El joven miró su hombro con los ojos desorbitados, aquello no tenía apariencia humana, no había dedos, no había muñeca y aquello no se asemejaba en nada a la piel de una persona. Había compartido con él unos instantes dentro del armario, el lugar donde reposaba aturdido. Correr alocadamente hacia las escaleras fue lo que hizo. Agarrándose a la barandilla consiguió saltar los peldaños partidos. Cerró la puerta con fuerza y con dos pasos ya estaba en la entrada de la casa, abrió y salió desesperado. Allí enfrente de la casa, en la carretera, un Cadillac de los años 50 se estrellaba contra el buzón y se adentraba en el jardín derrapando, quedándose en paralelo con el porche. De la ventanilla de atrás apareció un brazo que portaba un arma. Los disparos fueron a acabar en la cabeza de Leo.